

La sabiduría del desencanto

Posted on 28 de julio de 2014 by Sergio Campos Cacho

Ocurrió cuatro años antes de la llamada «Primavera de Praga», momento en que la Unión Soviética, apoyada por la gran mayoría de países del Pacto de Varsovia, invadió la capital checa. La expulsión del Partido Comunista de España de Jorge Semprún y de Fernando Claudín se produjo en el castillo de Zbraslav, a orillas del río Moldava, entre el 27 de marzo y el 2 de abril de 1964. Un paisaje imponente, acorde con la escenografía de auto de fe que tanto gustaba a Dolores Ibarruri, presidenta del partido y única mujer de los catorce miembros de su comité ejecutivo. No era la primera vez que abría la sesión para expulsar a dos militantes. Veinte años atrás, en mayo de 1944, había afilado su lengua y sus garras para acabar con la vida política de Jesús Hernández Tomás, ministro de Instrucción Pública durante la Guerra Civil, y Enrique Castro Delgado, fundador y primer comandante en jefe del Quinto Regimiento de Milicias Populares. Poco después, en noviembre de 1947, el propio Fernando Claudín ejercería de fiscal junto a Vicente Uribe (ministro de Agricultura durante la guerra) para hacer una limpia en el partido de los amigos de Hernández y Castro, a la manera de las purgas estalinistas.

En Moscú, tal y como puede leerse en las actas del proceso contra Castro y Hernández (disponibles en el archivo del PCE), Dolores Ibarruri demostró su capacidad para el rencor infinito, sus ansias animales de ocupar la secretaría general del partido y un nivel intelectual

prácticamente nulo. El proceso lo resumió acertadamente Gregorio Morán en un libro aún imprescindible para conocer la historia del comunismo español, curiosamente descatalogado desde hace muchísimos años: «Parecían charlas de confesionario. Así de sencillo y de sórdido fue todo»Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 76-77..

Veinte años después, la Pasionaria no parecía haber evolucionado en sus maneras inquisitoriales y reprendió agresivamente a Semprún y a Claudín: «Y ningún comunista puede olvidar que si no tiene el respaldo de las masas […] sus charlas de tertulia o de círculo son conversaciones de puerta de tierra, es decir, de aire, charlatanería, devaneo de intelectuales con cabeza de chorlito». Son palabras que, sin duda alguna, deberían pertenecer por derecho propio a una antología del sempiterno odio español a la figura del intelectual.

La expulsión del partido comunista suponía algo más que la muerte política. Quizá fue el escritor Ignazio Silone, uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano, expulsado en los años treinta por su oposición a Stalin, quien mejor explicó el significado real de la caída:

> La verdad es que no se libera uno del Partido Comunista como se dimite del Partido Liberal, porque, sobre todo, los lazos de un ciudadano con su partido están en relación con los sacrificios que le cuestan. Además, como ya ha sido afirmado y analizado, el Partido Comunista, para sus militantes, no es única ni principalmente un organismo político, sino escuela, iglesia, cuartel, familia; es una institución totalitaria en el sentido más completo y genuino de la palabra y absorbe por completo a quien se le somete. Todo organismo totalitario, todo régimen de unanimidad obligada implica una buena dosis de mentira, de doblez, de insinceridad. El comunista sincero que conserve por milagro su nativo espíritu crítico y persista en aplicarlo de buena fe a los hechos del partido se expone a la penosa y contradictoria desgracia del no conformista; y antes de consumar la definitiva sumisión o llegar a la abjuración liberadora, debe sufrir en su espíritu toda clase de tribulacionesIgnazio Silone, *Mi paso por el comunismo*, Buenos Aires, Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, 1959, pp. 89-90..

No cabe duda de que Jorge Semprún hizo siempre gala de un espíritu crítico, incluso durante su militancia (Morán le dedica elogios contundentes) y, por supuesto, cuando ya se encontraba fuera del partido, dedicado primero a la literatura y más tarde a la política.

Felipe Nieto, doctor en Historia Contemporánea por la UNED y profesor de la misma universidad, le ha dedicado a Jorge Semprún una biografía extraordinariamente documentada y ha recibido por ella el XXVI Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias. El aparato crítico de la obra resulta más que convincente: decenas de entrevistas,

algunas de las cuales se remontan a 1998; trece archivos consultados, una bibliografía exhaustiva de la obra de Semprún y una bibliografía general de casi mil entradas. Se trata de un grandísimo trabajo que honra la figura de uno de los intelectuales europeos más importantes del siglo XX. Sin lugar a dudas, completa la biografía que la misma editorial Tusquets publicó en 2010: *Lealtad y traición: Jorge Semprún y su siglo*, de Franziska Augstein, y, por supuesto, va mucho más allá que algún que otro intento pseudobiográfico fallido, como la obrita de Ángel Díaz Arenas *«Que nos quiten lo bailado». Textos, vivencias y experiencias en la obra de Jorge Semprún* (Berlín, Tranvia, 2009).

Nieto acota su trabajo biográfico a los años de militancia comunista de Semprún. Sin duda son sus años más azarosos, casi descerrajados, de ahí que parezca acertado incluir en el título la palabra «aventura», que parece salir de las propias palabras del biografiado al hablar de su salida del PCE: «se terminaba un período esencial de mi vida, el más rico de aventura y de experiencia». No obstante, la palabra «aventura» se reviste de una costra novelera. La aventura destila la pátina heroica de la ficción y parece inmune a la crítica. No acaba de encajar con la militancia en un partido totalitarista, y especialmente en un partido que fue estalinista formalmente hasta 1953. Siendo esta biografía un libro meritorio, interesante y más que apreciable, adolece de dos equívocos fundamentales.

El primero de ellos tiene que ver con la cita de Silone: «todo régimen de unanimidad obligada implica una buena dosis de mentira, de doblez, de insinceridad». Se entenderá mejor si, además, se tiene en cuenta que la vida del comunista español era fundamentalmente una vida clandestina, y muy especialmente si transcurría en el corazón de la España franquista. Semprún se valió de numerosos alias y seudónimos en su etapa comunista; el más conocido de ellos es el de Federico Sánchez, el mismo que utilizó en dos de sus obras más conocidas, publicadas ambas originariamente en español: *Autobiografía de Federico Sánchez* (1977) y *Federico Sánchez se despide de ustedes* (1992).

Hay numerosos estudios acerca de «las estrategias de la memoria» en la obra autobiográfica de Semprún. En algunos casos se reconoce y se demuestra que muchos historiadores han hecho uso de sus libros como fuente histórica fehaciente, como en el artículo de Carlos Fernández «Estrategias de la memoria en la obra de Jorge Semprún»*Historia, antropología y fuentes orales*, núm. 32 (2004), pp. 69-88.. No es un caso único. Pero será en un libro de homenaje, casi hagiográfico, donde podamos leer una crítica al empleo que Semprún hace de la memoria en sus autobiografías, especialmente las dedicadas a su paso por el campo de concentración de Buchenwald: «la actitud desde la que se repiensa el pasado y se cuenta para meditar sobre él parte de un sustrato confesado de invención, sin ocultar que quien escribe es el resulado de una cura que fue urgente y necesaria, quince años de terapia, militancia y desmemoria, y que a su vez impusieron algunas secuelas que hacen muy

particular la literatura de Semprún porque su narrador lo es también»Gracia, «Novelar la memoria o La libertad del escritor», en Xavier Pla (ed.), *Jorge Semprún. Las espirales de la memoria*, Kassel, Reichenberger, 2010, p. 96..

Me vienen a la mente dos ejemplos que muestran la desconfianza que han de suscitarnos las memorias como género literario y su relación con la verdad y los hechos. En primer lugar, la novela *Pedigree*, de Georges Simenon. Como reconoce en el prólogo, en su origen fueron unas memorias minuciosas que irritaron a muchos de los que se vieron en ellas descritos. Tras un juicio que perdió, Simenon se vio obligado a rehacerlas, cambiando nombres y ficcionándolas en algunas partes. En segundo lugar, unas palabras de Anthony Burgess en el prólogo a uno de los volúmenes de su autobiografía. Al hablar de los problemas que suscita «la crónica de la vida más reciente», alude a los achaques de la memoria y a la posibilidad de que los recuerdos hagan daño a los vivos, protagonistas también de esa crónica, ya que la memoria puede convertirse en un arma «puesta al servicio de caracteres vengativos». Finalmente, según Burgess, «no queda más remedio, pues, que encubrir la verdad, o torcerla, de modo que el propósito entero de la confesión queda viciado por el de la prudencia. Los escritores nunca son tan libres como pretenden, y menos aún cuando escriben de sí mismos, es decir: también de otras personas»Anthony Burgess, *Ya viviste lo tuyo*, trad. de Ramón Buenaventura, Barcelona, Mondadori, 1993, pp. 11-12..

Como conclusión, cabe aseverar que las memorias, los escritos autobiográficos, no son una fuente fiable con la que sustentar el armazón de una biografía. Es cierto que Felipe Nieto, con ayuda de su imponente acopio documental, testimonial y bibliográfico, apuntala algunos de los episodios de la vida de Jorge Semprún que conocíamos sólo hasta ahora por sus libros, pero el hilo que guía la obra es única y exclusivamente la obra biográfica de este intelectual. Aquellos momentos que no pueden ser contrastados o corroborados por otros testimonios, por fuentes externas o por documentos de archivo, quedan reflejados como hechos indiscutibles. Así, el lector está compelido a tener la mente despierta durante la lectura del libro y se ve obligado en numerosas ocasiones a consultar las notas y la bibliografía para constatar que lo que se cuenta se halla confrontado y verificado.

El segundo de los equívocos que citaba más arriba tiene que ver no tanto con el planteamiento o estructura de la obra, como con el enfoque que confiere a ciertas partes de su contenido. El libro destila admiración por el militante Semprún. Es cierto que se trata de una narración lineal y que la organización es cronológica y no temática, por lo que no cree necesario ahondar en ciertos aspectos cuestionables de su vida. Pero hay aspectos menores que, vistos con la perspectiva adecuada, revelan indicios de la parcialidad de la obra. Uno, apenas perceptible, pero en cualquier caso sintomático, se refiere al asesinato de Julián Grimau. En todas las páginas que el autor dedica al que fue compañero de clandestinidad de

Jorge Semprún, se hace referencia a que los motivos que llevaron a Franco a fusilarlo fue su pertenencia durante la guerra a la policía republicana. Un lector joven y no avisado podría pensar que la policía republicana se dedicaba a multar a tanques mal aparcados en las calles. La realidad, triste y siniestra, es que Grimau formó parte de las brigadas de tortura de diversas checas en Madrid y Barcelona. Evidentemente, y creo necesario hacerlo constar con claridad, el pasado de Grimau no justificaba en modo alguno su asesinato. Lo que ha de constar, en todo caso, es el método que Nieto emplea al hablar de esta parte de la vida de Semprún. Si el autor no cree necesario ahondar en el «capítulo Grimau» es porque el mismo Semprún no lo creyó necesario y se refirió siempre a su compañero como un «policía republicano». Lo que oculta esta aparente nimiedad es la composición del PCE en aquella época. El joven Semprún de entonces no participó en la Guerra Civil, pero sí lo hicieron sus camaradas de más edad, y en muchos casos se han presentado siempre como honorables revolucionarios quienes no eran más que responsables de infinidad de asesinatos. Pienso ahora en Santiago Álvarez Santiago, miembro de Radio Pirenaica y uno de los responsables de Paracuellos, o de Ramón Mendezona, periodista también y uno de los asaltantes del Cuartel de la Montaña: la lista es mucho más larga. Siempre me han resultado llamativos los estudios sobre el PCE que comienzan su análisis en 1939, obviando y olvidando los orígenes sanguinarios de muchos de los militantes de ese partidoPienso ahora en el, por otro lado, meritorio libro de Carlos Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino. La reestructuración del PCE, 1939-1945*, Madrid, Fundación Domingo Malagón, 2002..

Si la de Grimau es una anécdota casi irrelevante que, no obstante, sirve para reflexionar sobre el punto de vista con que se tratan los capítulos de «grandeza» del PCE, obviando los de su «miseria» (por utilizar la palabra del extraordinario libro de Gregorio Morán), más evidente resulta el tratamiento que Felipe Nieto otorga al pensamiento estalinista de Semprún. El poema que éste escribió tras la muerte de Stalin pasa por la biografía con la celeridad con que podríamos observar un árbol desde la ventanilla de un tren. Visto y no visto y, sobre todo en este caso, justificado:

> Sin embargo, no es cuestión ahora de ensañarse con este último engendro poético […]. A diferencia de algunos de sus entonces compañeros de justas literarias, Semprún, como muchos de los que sucumbieron al estalinismo, reconoció la hondura de la sima y se propuso, menos líricamente y más racionalmente, buscar los caminos problemáticos de la vida humana en libertad sin la compañía de maestros o guías infalibles.

Es una pena que todavía hoy en día, casi cuarenta años después de la muerte de Franco, y setenta y cinco desde el final de la Guerra Civil, sigamos pensando que la biografía de un personaje sea un juicio a su pensamiento y a su pasado. Conocer y reconocer que Semprún era un estalinista cuando tenía treinta años no es ensañarse con él. Al revés, el contraste de

su pensamiento de juventud con su deriva política posterior es engrandecer a la persona que supo desencantarse en primer lugar, más tarde renegar de las ideas totalitarias y, finalmente, luchar política e intelectualmente por la democracia y por una Europa unida. De nuevo la estructura horizontal del libro impide al autor la profundización vertical en los temas más controvertidos, interesantes e importantes de la vida de Jorge Semprún: la sabiduría que da el desencanto.

Quizás el episodio más relevante sea su paso por Buchenwald. Incluso su hermano, Carlos Semprún Maura, criticó el papel que Jorge Semprún tuvo en la intendencia de los prisioneros del campo. Como miembro de la red comunista, gozó de algunos privilegios y, lo que es más importante, fue uno de quienes decidían qué presos habían de formar los grupos de trabajo, lo que prácticamente significaba una condena a muerte. Felipe Nieto no obvia ni oculta el debate, pero de nuevo su parcialidad lo lleva a justificar a Semprún sin profundizar en un tema importante, aunque es cierto que resulta admirable el respeto con que habla de tan oscuro asunto. Hablar de este capítulo de la vida de Semprún no debería suponer un juicio ni a su vida ni a su obra.

Quizá no ha llegado aún la hora en que pueda hablarse en España de un intelectual que vivió en las simas del siglo XX sin que se amontone leña a sus pies con el fin de quemarlo en la hoguera. Pero, en cualquier caso, la parcialidad y la elegía, atender solamente a las luces y olvidar las sombras, tampoco es el camino adecuado que nos acerque al conocimiento de los grandes hombres de nuestro país ni al conocimiento de una época tan fascinante como siniestra, de la que seguimos siendo herederos.

Sergio Campos Cacho es bibliotecario, coautor de *Aly Herscovitz* y colaborador de Arcadi Espada en su libro *En nombre de Franco: los héroes de la embajada de España en Budapest*.

Autor: Felipe Nieto

Edicion: Madrid, Tusquets, 2014

Paginas: 632 pp. 24 €

Titulo: La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura